

La religión

Normalmente se asocia la religión romana con la griega y se reduce a un conglomerado de dioses con sus aventuras. Es lo que se denomina Mitología greco-latina.

Es cierto que incluso antes de entrar en pleno contacto con la cultura griega, la religión helena fue influyendo en las creencias romanas. Sin embargo, reducir la religión de los romanos a unos dioses y a unas historias más o menos interesantes es reducir mucho.

Vamos a empezar por aclarar una serie de conceptos.

Mitología

Habitualmente se relaciona esta palabra con una serie de personajes que parecen salidos de la imaginación de algún escritor. También se considera que dentro de la palabra van incluidas una serie de historias que van desde lo más escabroso a lo más romántico. Sin embargo, esta apreciación es errónea. La palabra mitología es el término que usamos para referirnos a una religión que se ha quedado sin adeptos. En cuestiones de creencias la cultura europea ha distinguido entre:

1. Religión.- Se considera religión a una serie de creencias acientíficas, basadas en la fe, con una estructura tanto material (templos, libros, sacerdotes, etc.) como argumentativa. Esta última es el soporte ideológico que sustenta la creencia. El concepto de religión, según este pensamiento, necesita, además de lo anterior, dos elementos:

a. Tener un número grande de seguidores. El concepto “número grande” es, evidentemente, impreciso, difícil de cuantificar y va unido al otro elemento que a continuación veremos. Decir que si esa religión tiene un número pequeño de seguidores es considerada una secta o, directamente, una locura.

b. Que la sociedad que la sustenta tenga poder político. El poder político, militar y económico van unidos en el concepto. Así, los judíos y su religión siempre han sido considerados, mientras que los indios apaches, por ejemplo, no. La falta de poder político conlleva que la religión de esa sociedad sea considerada de otra forma.

2. Mitología.- Se considera mitología a cualquier religión que se ha quedado sin seguidores y, por consiguiente, sin poder político.

3. Superstición.- Las sociedades con una religión propia pero sin poder político entran en el grupo de las supersticiones.

Así pues la religión romana se ha convertido en mitología porque los seguidores de esta religión se han reducido a ninguno. Si una serie de personas decidiera “resucitar” esta religión el resto de la sociedad los consideraría un grupo de supersticiosos o de chiflados. Aclarar que esta misma manera de pensar era la corriente en la Roma antigua con los primeros cristianos, por ejemplo. También es evidente que si alguna de las religiones de hoy en día se quedara sin seguidores, pasaría al grupo de las mitologías.

Ahora bien, no es del todo cierto que la religión romana haya desaparecido, como veremos más adelante.

Principios de la religión romana.

La religión romana tradicional o primitiva es una religión politeísta. Este politeísmo fue una constante a lo largo de los siglos. Los romanos tenían un concepto animista del mundo. Los animistas (también los actuales, que los hay) piensan que más allá de la materia que percibimos con los sentidos, existen unos entes imperceptibles que solo conocemos a través de nuestro intelecto. Estos seres pueden existir por sí mismos (espíritus) o pueden acompañar a la materia (alma). En el caso de los seres vivos el concepto alma se relaciona con vida. El concepto “vida” es complejo. Sabemos si un ser es/está vivo o no, pero no sabemos exactamente por qué sucede eso. De hecho, si algún día lo llegamos a conocer, estaremos en condiciones de “resucitar”, lo que hoy en día no es posible.

Desde un punto de vista animista, todo lo material tiene un alma. Las almas de los seres u objetos similares se parecen, aunque no son iguales y con todas esas almas similares podemos establecer un alma general de esos objetos o seres. Ese alma es el que hace que, por ejemplo, veamos y sepamos que una silla es una silla a pesar de tener formas materiales tan dispares.

Los romanos respetaban las almas, tanto las particulares como las generales. Por lo tanto, cualquier objeto o ser tiene un alma y ese alma es un dios. De ahí que el número de dioses en los que creían los romanos se cuente por miles. Por miles y no por millones porque los romanos veneraban a todas las almas que conocían, no las que desconocían. Un romano no venera el alma de un rinoceronte, no porque no exista, sino porque no la conoce.

Con tantos dioses, evidentemente se establece una jerarquía. No es lo mismo el dios de la ventana que el dios de la familia y este no es de la misma categoría que un dios de la ciudad.



Dios Mitra



Cibele



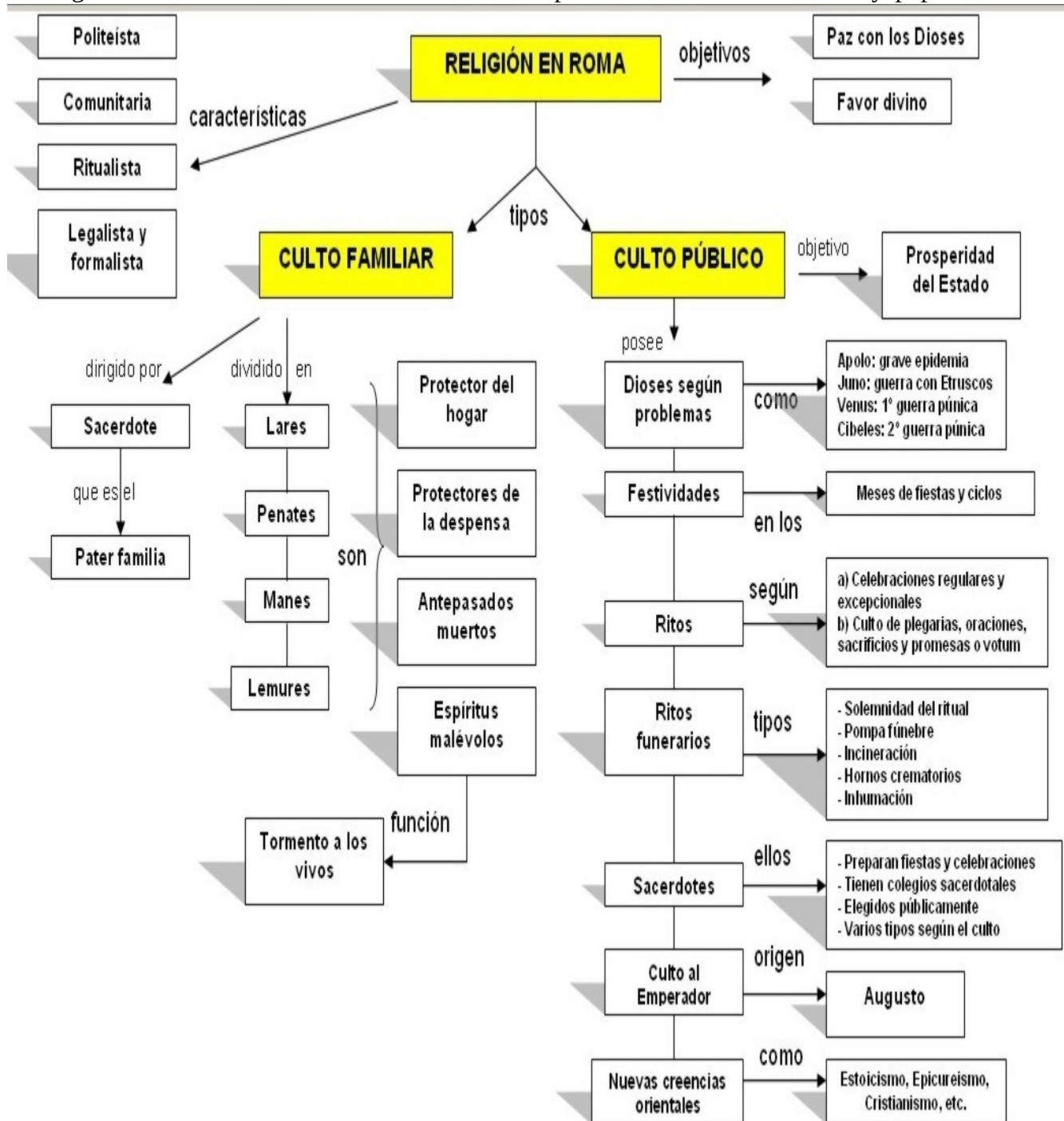
Isis



Serapis

Aproximadamente en el siglo IV a.C. los romanos entran plenamente en contacto con la cultura griega asentada desde hace siglos en el sur de la península itálica. Anteriormente ya habían contactado, pero de forma indirecta a través de otros pueblos, principalmente los etruscos. A partir de ese momento comienza la fusión de dioses que posteriormente se conocería como mitología greco-romana. El proceso se realizó por asimilación (Júpiter, dios de los fenómenos meteorológicos y padre de los demás se asoció a Zeus, dios griego de similares características, de igual forma con otros).

Así pues, la religión romana se compone de multitud de dioses de distintos niveles, algunos autóctonos, otros engrandecidos por identificación con dioses de otras religiones y, por último, dioses extranjeros, que tenían muy buena acogida en una sociedad muy permisiva en cuestiones religiosas como la romana. Entre estos últimos podemos señalar a diosas muy populares como



Cibeles (del sur de la actual Turquía), Mitra (del actual Irán) o Isis y Serapis (del actual Egipto).

La religión romana era también interesada. Una persona tenía mucha fe en un dios y poca en

otros. Atribuía a este dios su buena o mala suerte, su buena o mala salud, etc. en una especie de contrato entre ellos dos por el que la persona hacía ofrendas a ese dios para que este le produjera unos beneficios. Tampoco nos debería extrañar en exceso. Aún hoy en día son muchas las personas que van en procesión, hacen promesas a un santo o una virgen o declaran especial fervor por este o aquel santo, al que veneran especialmente.

Ejecución del acto religioso.

Hoy en día entendemos que los actos religiosos se celebran en unos edificios o locales que se denominan iglesias, mezquitas, sinagoga, etc. El término general para todos ellos es templo.

La palabra templo es como denominaban al espacio religioso los romanos. Ahora bien, un templo no es necesariamente un edificio. En tiempos muy antiguos, antes del siglo IV a.C. un templo es simplemente un lugar marcado.



El sacerdote era una persona designada por el pueblo para ejercer de maestro de ceremonias en un acto religioso. Armado con un cayado, el sacerdote marcaba un terreno. Las rayas en el suelo señalaban el territorio “bendito”, el lugar donde se podía establecer una comunicación con el dios al que se quería venerar. Dentro de ese terreno se colocaba un ara, una mesa de madera o piedra en la que se sacrificaría un animal en honor al dios; también se colocaban los fieles. El sacerdote, vestido con unas ropas especiales, distintas según el dios a honrar, comenzaba la ceremonia. Se trataba de un rito, una serie de palabras dichas por el sacerdote o los fieles, y una serie de movimientos que se debían ejecutar sin equivocaciones. Parte imprescindible del rito era el sacrificio del animal. Un error en el rito era señal de mala comunicación con el dios y, por lo tanto, conllevaba comenzar el rito desde el principio. El animal sacrificado era inspeccionado en sus entrañas para saber si el dios había recibido con agrado o no el rito.

Más tarde, cuando los romanos empezaron a extenderse por Italia y entraron en contacto con los griegos, se empezaron a levantar edificios en los que se ejecutaba esta ceremonia. Los romanos los construyeron al estilo griego y generalmente son cuadrados, los circulares, mucho menos frecuentes, solían tener alguna razón. Por ejemplo el lugar del templo de Vesta donde se guardaba el fuego sagrado lo era para que todos los puntos del edificio estuvieran a la misma distancia del fuego.

Si has seguido la explicación y la has entendido podrás ver las similitudes entre el rito romano y una misa católica actual. Lo mismo se puede decir de los templos que, en el caso de los cristianos tienen muchísimas veces una característica distintiva con respecto a los romanos: el alargamiento de las capillas laterales para dar al edificio, visto desde arriba, forma de cruz.

Evolución del sentimiento religioso

Dicen algunos antropólogos que la religión es una creencia típica de pueblos atrasados

económicamente y culturalmente. Si esto fuera así, ninguna sociedad avanzada tendría religión. Sin dar a esta aseveración una credibilidad total, sí es cierto que el desarrollo del sentimiento religioso en Roma tuvo muchas similitudes con lo que nos encontramos actualmente. En general, los pueblos más prósperos suelen hacer menos uso de la religión y es por ello que en toda Europa la creencia en la religión según una doctrina ha descendido mucho en número de fieles.

Esto es una generalización, evidentemente, sujeta a todas las objeciones que las generalizaciones suelen traer consigo.

Sin embargo, el hecho de que cada vez más haya personas que se declaran agnósticas o, directamente, ateas, no obsta para que los ritos religiosos de todo tipo sigan presidiendo la vida diaria. La mayor parte de la población sigue estando bautizada, ha hecho la primera comunión e incluso puede ser que se case por la iglesia. Del mismo modo, se celebran las Navidades y la Semana Santa y las fiestas de una localidad coinciden con la festividad del patrón o patrona.

De la misma manera, en la Roma próspera de su época de esplendor, los ciudadanos no tenían gran fe, no creían que Júpiter y los demás dioses estaban en el Olimpo jugando a los dados con el destino de la humanidad. Tampoco creían que todas esas historias que hoy en día agrupamos en eso que llamamos mitología fueran ciertas. Ni siquiera creían que los sacerdotes fueran realmente intermediarios entre los dioses y los hombres. Sin embargo, al igual que hoy en día, respetaban a los sacerdotes y cumplían los ritos por tradición y “por si acaso”. Eran una sociedad supersticiosa, como la nuestra, y, como en nuestros días, nadie pensaba que se pudiera leer el futuro por el vuelo de unos pájaros o a través de las vísceras de un animal, pero había mucha gente que pedía conocer su futuro a través de estos métodos (como hoy en día a través del tarot y otras artes). Nadie creía pero todo el mundo usaba, de igual manera que hoy nadie cree en el horóscopo, pero todo el mundo sabe el suyo y qué se dice de como son los cánceres, por ejemplo. Por si acaso.

A partir del siglo II d.C. la religión tradicional romana se fue viendo relegada por otras creencias venidas de oriente: Isis, Serapis, Mitra, Cibeles y, especialmente, el cristianismo. Durante casi dos siglos estas creencias “lucharon” entre sí para convertirse en la nueva religión del Imperio. No hace falta decir quien venció. El cristianismo se fue impregnando de aspectos de la religión romana tradicional, pero también de filosofía y de estas creencias antes mencionadas, formando un conglomerado que hacía que, si bien había surgido del judaísmo, se pareciera poco a él.

Como ya se mencionó, muchas de las características del cristianismo, en especial del católico, tienen mucho que ver con la religión romana. Señalaremos para terminar las más importantes:

- Politeísmo: el catolicismo es politeísta (santos, vírgenes, ángeles, etc.) y jerárquico: Dios está por encima, por debajo algunos ángeles, por debajo los santos, más abajo las vírgenes y así hasta los dioses particulares como el ángel de la guarda.
- Rito: los actos cristianos son rituales, tanto la misa como los bautizos, las comuniones, las bodas, etc.
- La ropa: los curas, obispos, cardenales, etc. visten unas ropas rituales que los distinguen perfectamente del resto de los ciudadanos. Estas ropas tienen diversos orígenes, pero muchas de ellas están inspiradas en las ropas de los sacerdotes romanos.
- Las iglesias, especialmente las grandes (catedrales) se inspiran en los templos de los romanos tanto por fuera como especialmente por dentro. La colocación del altar, el lugar para los feligreses, la mesa (ara) para el sacrificio y el propio sacrificio, aunque sea simbólico (el cuerpo y la sangre de Cristo) y la comunión (comer al Dios transformado en el sacrificado).